

Dió el abuelito un profundo gemido al oír estas palabras de su inocente y amada nieta; y disimulando el dolor que le causaban, para que siguiese ella hablándole y distrayéndole, como solía, le preguntó:—¿Y como sabes tú que la Virgen me ha de llevar al cielo?—Porque he rogado por V.; y en el colegio nos dijeron que si rogábamos á la Virgen por algún enfermo de nuestra casa no moriría en pecado mortal, sino que recibiría los Santos Sacramentos y se confesaría muy bien y recibiría el Viático, que es la Sagrada Comunión que se da á los enfermos, aunque no estén en ayunas, y que nuestro Señor le perdonaría todos los pecados y la Virgen le llevaría al Cielo.

—Pero, hija: ¿quién te ha enseñado todas estas cosas?—La Hermana Rosa: y también nos dijo que cuando nosotras estuviésemos enfermas y muy malas, pidiésemos los Santos Sacramentos sin esperar que nos lo avisasen, y que entonces hiciéramos la mejor confesión y comunión de nuestra vida: porque con aquella buena confesión quedaría nuestra alma tan pura como un Ángel y con la Comunión estaría más hermosa que el sol; y con la Extrema-Unción, que es el último sacramento, y una indulgencia plenaria, volaría derechito al cielo.

—Pero hija: ¿cómo me hablas hoy de cosas tan tristes?—¿Tristes? Pues yo pensaba, abuelito, que eran cosas alegres y muy buenas, tanto, que mientras nos las decía la Hermana, deseaba yo morir para ir al cielo á gozar con los angelitos.

—¡Ah! Tú eres una criatura inocente—murmuró al abuelo, enjugándose los ojos llenos de lágrimas.—Y V., abuelito, es más dichoso que yo, porque irá antes al cielo, pero yo, aunque moriré más tarde, también iré al cielo; y allí le veré á V. y le daré besos como ahora. ¡Qué bien estaremos allí, abuelito, con la abuelita y con mamá y con papá y con todos mis hermanitos y con los ángeles y la Virgen Santísima y nuestro Señor!

Después refirió Pilarita á su querido abuelo el regalo que le había prometido la Hermana si recitaba bien una poesia á la divina Pastora en la próxima distribución de premios; y como el abuelo le rogara que se la declamase, la niña que ya la sabía de memoria, con gracia sin igual la recitó diciendo:

Divina Pastora,
 Madre la mas tierna
 Oye los balidos
 De estas tus ovejas.
 Al Pastor divino,
 ¡Oh Pastora bella!
 Haz que presurosas
 Para siempre vuelvan.
 Vuelvan al aprisco
 Tristes, macilentas,
 Por haber pastado
 Venenosas yerbas.
 Mas ya arrepentidas,